

## Comentario al evangelio del sábado, 17 de marzo de 2018

¡Hermanas y hermanos! ¡Paz y bien!

La liturgia de la Palabra de hoy señala la importancia de la confianza y la fidelidad a Dios, principalmente en los momentos de incompreensión y persecución. Es lo que la primera lectura deja patente en la experiencia del profeta Jeremías, que puede decir a Dios: “a ti he confiado mi causa” (Jr 11,20). Aún más, el propio Dios le había instruido acerca de las intrigas de los enemigos. Con esto, podemos decir que nuestra vida está en las manos de Dios, aun cuando todo parezca decir lo contrario.

Es esta fuerza la que encontramos en Jesús, que no le deja sucumbir ante las acusaciones de sus adversarios. Como ayer, el Evangelio de hoy nos presenta los cuestionamientos acerca de la identidad de Jesús. Lo que escandaliza no es tanto el origen inmediato de Jesús (“¿Es que de Galilea va a venir el Mesías?” Jn 7,41), sino que Dios pueda ser un hombre concreto, encarnado en nuestra historia, que camina como uno más con su pueblo. El problema nos que Jesús sea Dios, sino que Dios pueda ser Jesús, un hombre que siente hambre, sed, se cansa, duerme. Pero la lógica de la salvación pasa por asumir la carne, nuestra carne, pues como decía San Irineo “para eso se hizo el Verbo hombre, y el Hijo de Dios Hijo del Hombre, para que el hombre mezclándose con el Verbo y recibiendo la filiación adoptiva, se hiciese hijo de Dios” (Contra los herejes III,19,1).

Los textos de hoy nos llenan de coraje y esperanza, pues si miramos nuestra vida, veremos muchos momentos de dificultades, pero también podemos ver la confianza que hemos depositado en el Señor y cómo Él nos ha librado. ¿Cuántas veces en el desánimo e incluso cuando la esperanza parecía perder su puesto en nuestra vida, hemos visto las señales de Dios y dimos la vuelta en nuestra vida? ¿Cuántas veces no hemos pensado en abandonar todo porque las cosas no salieron como esperábamos, pero sentimos desde dentro que Dios nos sacaba de la desilusión y seguimos adelante?

La fe nos lleva a transponer barreras, a mirar más lejos y descubrir que Dios, que se hizo uno como nosotros, nos acompaña y nos alienta a seguir adelante, aún cuando todo parece decir lo contrario. La cruz será la máxima expresión de eso. Por eso, repitamos a lo largo del día: “Señor, Dios mío, a ti me acojo” (Sal 7).

Vuestro hermano en la fe,  
Eguione Nogueira, cmf  
[eguiyecmf@gmail.com](mailto:eguiyecmf@gmail.com)

Publicado en Ciudad Redonda

[www.ciudadredonda.org](http://www.ciudadredonda.org)